

LOS DÍAS QUE VIVIMOS EN PELIGRO

Atentado contra Cristina Kirchner / Asesinato de Fernando Baez Sosa / Muerte del fiscal Nisman / Descenso de River Plate / Apagón masivo de energía / Erupción del volcán Puyehue / Muerte de Néstor Kirchner / Tragedia de Once / Marchas del 2x1 / Elección de Bergoglio como Papa / Hundimiento del ARA San Juan / Marchas de Ni Una Menos / Inundación de La Plata / Declaración de la cuarentena / Muerte de Maradona / Argentina campeón del mundo



Dieciséis escritores argentinos narran los
hechos que conmovieron al país (2010-2026)

emecé

Santiago Llach y Juan Diego Incardona
(antólogos)

Los días que vivimos en peligro (2010-2026)

emecé

Nota de los antólogos

En 2009 convocamos a un grupo de escritores argentinos a un juego: escribir cuentos de ficción inspirados en hechos conmovedores de lo que entonces eran veintiséis años de democracia (y uno anterior de yapa). La premisa era simple y potente: elegir una fecha, recordar un acontecimiento y usarlo como disparador de literatura. Hoy, casi dos décadas después, decidimos retomar esa idea con una nueva camada de autores y una nueva serie de fechas que, por su carga simbólica, política o emocional, marcaron al país y a nuestras vidas.

Elegimos a autores y autoras de distintos estilos, edades y recorridos. Entre todos arman también un mapa posible, entre muchos, de la literatura argentina actual. Varios textos inéditos del primer episodio de *Los días que vivimos en peligro* tuvieron un recorrido más allá del libro, y buena parte de sus autores (¡éramos tan jóvenes!) se convirtieron en escritores consagrados y/o son dueños de una obra fuerte y reconocible; confiamos en que esta vez ese sea también el caso.

Esta secuela arma un hermoso fresco de la vida argentina (nunca estable ni suiza) a lo largo de la última década y media. Es un libro que se puede leer en muchos sentidos y direcciones.

Gracias a Mercedes Güiraldes por la confianza, otra vez, y a los autores que con tanta disposición aceptaron el reto e inventaron sus textos.

JUAN DIEGO INCARDONA Y SANTIAGO LLACH

24 de agosto de 2026

Una casa tapiada

Luciano Lamberti

Ahora la veo, entre la gente.

Ahora la muchedumbre se agita, se mueve en su dirección como si fuera un gigantesco imán, una diosa que ha descendido a la tierra, y yo dejo que la muchedumbre me arrastre como el movimiento de las olas en el mar. Ahora me dejo arrastrar, me dejo llevar y estoy a diez metros de ella, increíblemente. Ahora está pasando, lo que esperé todos estos días. Ahora voy a matarla.

—¿Cómo me queda? —pregunta Brenda.

—Espectacular —le digo.

Brenda tiene puesto un conjunto de lencería roja, medias y corpiño, y baila lentamente, dándome la espalda, enamorándose. Acostado en la cama, la devoro con los ojos. Se baja el bretel y me muestra la maravilla de su hombro, liso y suave y tibio como la piel de un durazno. Se pasa la yema de un dedo por el cuello.

He pasado la nariz por ese cuello, y olía a golosina, a apacible vida, a fruta fresca. Quiero que sea mío.

—Vení, Brenda —le digo.

Ella niega con el dedo.

—Mm, mmm —me dice.

—Vení, Brenda. Por favor.

—Todavía no —dice ella—. Pronto.

Miro a un costado, la mesita de luz, la ropa tirada en el piso.

—¿Qué? —Ella se pone los brazos en las caderas.

—No sé —le digo.

Ella se sube a la cama, se arrodilla, se me sube encima, se apoya sobre mi cuerpo y comienza a moverse. Adelante y atrás.

—Nooo. A mami no le gusta que el nene haga pucheritos.

La corro a un costado, busco un Rodeo y lo prendo.

—Dame uno —dice ella.

Le doy el que había prendido y prendo otro para mí. Fumamos mirando el techo en la luz gris de ese amanecer.

—En serio, boludo.

—Ya sé.

—Esto no se puede hacer sin decisión.

—No.

—No se puede hacer a medias.

—¿Vos estás en mi cabeza? ¿Vos podés escuchar lo que hay en mi cabeza?

—No, mi amor. No puedo escucharlo.

Ni siquiera intento explicárselo. Mi cabeza es como una casa abandonada, con ladrillos y cemento tapiando las aberturas para que nadie se meta. Adentro de esa casa apenas hay luz. Ropa vieja. Facturas amarillentas de Edesur. En la habitación de la más inmensa oscuridad estoy yo, tengo mi cerebro entre las manos, está fresco, recién extraído. Meto los dedos en esa masa blanda, rompo la membrana y hundo los pulgares. Mi cerebro se derrama en mis manos. Eso es lo que debería decirle. Pero le digo:

—En mi cabeza, Cristina ya está muerta. Un agujerito acá. —Y le señalo la frente.

—Se lo merece.

—Se lo merece.

—Por puta.

—Por puta.

—Por guampuda hija de puta.

—Por guampuda.

—Por conchuda y guampuda, por corrupta.

—Por corrupta, mi amorcito —dice Brenda, y empieza a bajar por mi pecho, dándome besitos.

—La furia de Dios. La justicia sobre la tierra. La perra llora.

Brenda me bajó el slip.

—Uhhh, papi —dice.

—Lo escribió Parravicini —le digo—. «Cuando el rayo cae sobre la frente de la perra, la perra llora».

—Ñora —dice Brenda, con la boca ocupada.

Suspiro y miro el techo, una esquina descascarada por la humedad.

* * *

—¡Fuerza, Cristina! —grita uno de esos descerebrados al lado mío.

—¡Cris, Cris, acá! —dice una chica, levantando un celular.

Una vez, cuando era chico, en Curitiba, en medio del monte, encontré una laguna fría, cubierta de hojas, y me zambullí en su interior con la idea de refrescarme. Habré tenido no sé, diez, doce años. El agua estaba oscura, sucia de barro, y yo me metí de golpe, salté y sentí un pinchazo en el pie, y cuando salí del agua, vi primero la sangre y después el tajo, hondo, que se abría como una boca. Entonces sentí frío y calor al mismo tiempo, lo que se dice un sudor helado, mientras la sangre salía a chorros, el agua negra, y me acosté entre las hojas podridas; escuché un aletear de pájaro como un latido en la copa de los árboles, y sentí que podía elevarme por encima de mi cuerpo, un metro, dos, diez metros por encima del monte y de los pájaros, mirando mi cuerpo ahí abajo, la sangre comiéndose el pie desnudo.

Bueno, así me siento ahora.

Elevado por encima de todos esos descerebrados, veo el auto que espera a Cristina a un costado, el auto donde ella pretende subir (no va a poder), el puente

que los descerebrados forman para que pueda pasar. Pecheras de La Cámpora. Barbas y olor a marihuana.

—¡Cristina, Cristina, Cristina corazón! ¡Acá tenés los pibes para la revolución! —cantan.

Y ella les sonríe con complicidad. Claro que les sonríe. Ella duerme sobre un colchón lleno de dólares. Millones de dólares para un colchón especialmente traído de Shanghái. Ella se baña en sangre de bebés. Ella les va a dar pan y vino a esos barbudos de La Cámpora mientras nosotros pedimos una migaja.

Yo estoy a diez metros de altura, cubierto de sudor helado. Calculo que si me cruzo allá adelante, triangulando la distancia que hay entre Cristina y el auto, puedo interceptarla antes de que suba.

Siento el caño de la Bersa metido bajo la remera.

Respiro hondo y me voy abriendo paso.

Salgo de casa, pongo llave y ahí escucho la voz.

—Querido —dice la señora Vieyra.

—Ando un poco apurado, señora —le digo.

Llevo la Bersa metida en los pantalones. Brenda chupó el caño anoche, abriendo los dientes se metió el metal grasiento en la boca, le saqué fotos. Lo chupó mirándome a los ojos, sumisa, pero ella nunca es sumisa, su propia sumisión es poder, y mientras lo chupaba lo sabía. Sabía que me tenía encantando, volando por los aires, y que el sumiso era yo.

—Querido, tenés que pasar a saldar la deuda.

—Sí, señora —le digo.

—Me dijiste lo mismo hace dos días. Sabés que el alquiler se paga del uno al diez y si no, hay recargo.

¿Y si saco la Bersa y se la apoyo en un ojo y disparo?
¿Entonces qué?

Va a seguir hablando como si nada, con el líquido del ojo reventado cayendo sobre su mejilla. Podría hacerlo, callarla de una vez, hacerle tragar su dentadura postiza. Pero no lo hago. Porque la Perra espera, y no estoy para cosas chiquitas.

—Si no paga tiene que irse.

No le respondo. Sigo caminando. Si ella supiera quién soy. Pero no lo sabe.

Una respuesta posible: soy todas las personas que habitan este mundo al mismo tiempo, soy hombre y mujer, judío y musulmán, soy italiano y brasilero, soy el que está encima de un escenario, cantando, y soy una nena que sopla un diente de león y el mejor mercenario asesino del ejército de los Estados Unidos. Soy el elegido y soy nadie. Soy nadie.

Soy una casa tapiada y tengo mi cerebro entre las manos.

Esto no es un arma. La Bersa. Es una espada. Es una puerta hacia otra dimensión.

Desde que la tengo duermo mejor por las noches.

Me gusta llevarla conmigo. Lo cambia todo. Cualquier acto pequeño, insignificante, se llena de una especie de luz interna. Si espero el 168, esa espera es magnífica, no aburrida ni trivial como antes, y los que están a mi alrededor no lo saben, no saben que soy nadie. Si me subo y apoyo la tarjeta y digo: a Juan B. Justo, y el chofer pone un monto y yo pago ese monto y veo mi saldo (-240), eso no es trivial, intrascendente, como lo era antes, cuando yo, que supe ser alguien, hacía las mismas cosas en idéntico orden. Es otra cosa. Es el reguero brillante que deja un caracol detrás suyo.

Durante todo ese día la Bersa late en mis pantalones. Brenda lo nota.

—Estás distinto, no sé.

—¿Distinto bien o mal?

—Muuuyyy bien —dice Brenda, y se moja apenas los labios con la lengua, que ahora brillan un poco y me comerían inmediatamente.

Estamos en plaza Serrano, frente al carrito de algodón de azúcar. El carrito tiene el dibujo de un chico sonriente y el nombre del dueño anterior (DON GASPAS), que murió de un infarto mientras estaba enrollando los hilos de azúcar, y que era un perverso. Lo sé porque entramos a su casa, con Brenda, cuando murió (él le había dado la llave a Brenda, estaba loco por ella, como cualquiera que la conoce, por otro lado) y encontramos las fotos encima del ropero. Fotos de chicos. Vestidos, con el torso desnudo, completamente

desnudos, con un sombrero de cowboy, comiendo de esos globos gigantescos y rosados que sabía hacer el viejo.

—Mirá vos qué hijo de puta —dijo Brenda.

No había mucho más. Una botella de Cinzano. Tres mil pesos arrugados. Revistas sin tapa. Un libro titulado *El caballo de Troya*. Nos llevamos los tres mil pesos y compramos un atado de Rodeo y una Coca chiquita *light* y fumamos los cigarrillos y tomamos la coca en la costanera, frente a Aeroparque, viendo los aviones despegar y dar la vuelta frente al río.

—Muuuy bien —dice Brenda—. Más seguro de vos mismo. Más grande.

—Es porque tengo algo acá en el pantalón.

—¿La tenés?

—Sí.

Detrás del carrito, ella me apoya la mano en el caño de la Bersa y hace:

—Mmm.

—No empieces —le digo.

—Qué. ¿Tenés miedito, bebé?

—¿No te tenías que ir, vos?

—La voy a ver a Azul. Vamos a prepararnos para esta noche.

—Bueno.

—Y a lo mejor, quién te dice, le doy unos besos. Ya que vos no querés.

—Hacé lo que quieras —le digo.

—¿Te gustaría?

Levanto los hombros. Ella quiere que le diga *Ay, sí, me gustaría, cómo me calienta, mamita, qué puta que sos*, pero no le voy a dar el gusto.

Ella se va sin saludarme. Pero a los cinco pasos, como sabe que la estoy mirando, levanta el dedo medio sin darse vuelta.

Un chico se acerca al carrito. Mira el azúcar dando vueltas en la máquina.

—Dice mi mamá que cuánto sale.

—Mil quinientos —le digo.

El chico se da vuelta hacia su mamá.

—¡Mil quinientos sale!

—Bueno, ahí tenés la plata —dice la mamá.

El chico me extiende los billetes arrugados, le doy el palito, lo agarra y me dice:

—Gracias, señor.

—De nada —le digo.

Él no sabe quién soy. Nadie sabe excepto Brenda y Parravicini, que me vio en su sueño y me reconoció como el ángel de la justicia.

Está sucediendo.

Es increíble, está sucediendo. Voy a hacerlo, estoy haciéndolo. Me deslizo entre ellos, porque también soy uno de ellos, uno de los descerebrados que aman a la Perra, que le darían a la Perra sus hijos, sus bienes y sus autos para que ella haga lo que quiera. La veo. Manos

de descerebrados le tocan el vestido. «No soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme». Estoy a tres metros, a dos. Humo de choripanes en el aire. La espada flamígera del ángel. El bulto de la Bersa en mis pantalones.

Brenda está a unos metros, metida también entre esos piojosos, simulando ser uno de ellos. Camuflarse siempre le salió bien, y ahora, con el gorrito rojo en la cabeza, bien podría ser una de esas putitas de La Cámara que abre las piernas todas las noches, que monta en pelo y queda embarazada y después aborta, total, acá cualquiera hace lo que quiere.

Camuflada entre esos mugrientos, Brenda me mira a los ojos.

—¿Vas a hacerlo? —pregunta su mirada.

Yo le voy a demostrar a ella de lo que soy capaz. A ella y a los otros. Voy a demostrarles mi valor. Es nada más que un momento. Solo un momento, como dice la canción. Es solo un momento y cuando la Perra esté tirada en el piso, empezará la Nueva Argentina. Sin gobierno, sin cuarentena, sin restricciones, sin que se nos rían en la cara. ¿Los negros quieren plata? Que trabajen. Que se levanten a la mañana y vayan con el currículum a pedir trabajo. Un mundo de justicia, eso comenzará cuando el cerebro de la Perra deje de funcionar. Me sacarán de la cárcel en andas. Harán canciones en mi nombre. Me coronarán.